

DE LO EXTRAORDINARIO (NOMINALISMO Y MODERNIDAD)

EDUARDO SABROVSKY

Editorial Cuarto Propio, Universidad Diego Portales

R Merece lectores agradecidos el autor que ofrece con equilibrio provecho y placer. En este sentido, Sabrovsky es reincidente, ya lo ha hecho con *Hege- monía y Racionalidad Política, Tecnología y Modernidad en Latinoamérica* y con *El Desánimo: Ensayo sobre la Condición Contemporánea*, obra esta última que fue, en su momento, finalista del Concurso Internacional Jovellanos. El mérito es mayor si se considera que en los ensayistas no suelen desposarse bien la seriedad erudita con el atractivo del lenguaje.

Sucede habitualmente que un tema determinado parece acosar al pensador, una especie de obsesión adherida a él. Recurrente y benéfica por lo productiva. Me parece que, en el caso de Sabrovsky, es la cuestión de la modernidad, mejor dicho, de la contemporaneidad. Su último libro –de ensayos muy coherentes entre sí– no es la excepción. Aborda nuestra modernidad actual desde todos los ángulos: desde la muerte súbita de Musil, cuyo cadáver guardó una expresión de “burla y leve sorpresa”; desde Nietzsche y la incombustibilidad de la razón; desde Borges en cuanto recolector de “parábolas nominalistas”; desde Freud y el porvenir de una ilusión (la cual podría ser el psicoanálisis mismo)... El todo constituye un atractivo haz de metáforas y hasta paradojas que muestran a la modernidad como la consumación máxima del nominalismo medieval, es decir, de la negación de todo universalismo.

El nominalismo, lo hemos reiterado a lo largo de esta reflexión, constituye la determinación fundamental de la Modernidad. Lo que preside sus opciones vitales de fondo –subjetividad, incertidumbre, tecnociencia, abstracción, mercado– y que a su vez resulta implicada por ellas. El nominalismo afirma una radical clausura del lenguaje respecto a lo real; una primordial alteridad, una inconmensurabilidad de base entre la universalidad de nuestras palabras y un caótico bullir del cual, en estricto rigor nominalista, nada se podría pensar ni decir, pero al cual, desde ya haciéndole violencia, llamamos lo real. El nominalismo es la doctrina que –violando desde el principio su propia clausura– “sabe” de la irreductible singularidad de lo real; pero lo sabe sin embargo como lo inalcanzable, lo inarticulable, lo olvidado (*Psicoanálisis: El Porvenir de una Ilusión*).

En síntesis, una lúcida reiteración de la perplejidad contemporánea ante la conciencia de un abismo entre lo universal y lo singular, las esencias y lo existente, lo

real (o pretendidamente tal) y el lenguaje que pretende expresarlo, o, peor aún, entre el ser y el deber ser (muy sugerente el texto-comentario sobre Borges *Bosquejo de una Ética para Inmortales*). El ensayista acude constantemente en su crítica al uso de la paradoja, no solo cuando se refiere a Borges, en esto su maestro. De hecho creo que es su mejor instrumento de análisis. Una muestra de ello es el ensayo *La Verdad es que no hay verdad*, sugiero su lectura. ¿Se puede salir del cepo de hierro –para los estoicos– de hacer una afirmación general que se contradice consigo misma y con los propios principios fundantes? ¿La paradoja es contradicción absoluta? ¿Los senderos del saber serían en realidad inexplorables? El autor no piensa así, dice al final de ese ensayo:

No obstante, esto mismo, que no hay verdad, ha de ser, a su vez, verdad. La paradoja escéptica (“la verdad es que no hay verdad”) no es mero juego de palabras: apunta hacia algo (¿Algo?) que también significamos cuando decimos “verdad”, y que debe estar por sobre cualquier retórica, cualquier juego de poder. (...) La vida en los tiempos de Internet, consistiría más bien en una oscilación incesante entre dos clases de verdad. Por una parte la verdad pública, institucionalizada, en la cual son admisibles todos los cálculos discursivos, las sofisticaciones de la retórica. Por otra parte, una verdad privada, exigente, explosiva y llana, más allá de toda institución, protocolo y cálculo. Verdad no necesariamente silenciosa, aunque sí lacónica: palabra del margen, del confín o del espacio en blanco, balbuceo.

En otros textos se repite esta especie de invocación a un tipo de verdad por desentrañar. Escribe Sabrovsky en *Bosquejo de una Ética para Inmortales*, haciendo una relación entre ésta y la apelación a lo real, e invocando un espacio nuevo para la reflexión:

allí donde lo real y lo racional, la historia y la verdad convergen, para acceder a una Verdad Otra, desde la cual la historia misma puede ser juzgada. La trascendencia de lo divino, la materia rebelde al concepto del materialismo, la misma idea kantiana de lo incondicionado, han dado sucesivamente soporte a esta exigencia. A nosotros, aplicados funcionarios del libro del mundo, en cambio, nos tocaría experimentarla bajo la forma del retorno, de la sigilosa explosión de lo Real.

Esas alusiones reiteradas a la búsqueda de una “Verdad Otra” nos dejan pensativos como lectores. Algo parece necesario agregar sobre el tema, por lo menos entreabrirlo con mayor claridad. Ojalá el autor se hubiera concedido más espacio y más tiempo para abordarlo. Deseamos que lo haga en el futuro, incrementando, como se dijo antes, nuestro placer y nuestro provecho.

GABRIEL SANHUEZA G.